

## América en los libros

**Cómo se lee y otras intervenciones críticas**, Daniel Link, Grupo Editorial Norma, Buenos Aires, 2003, 335 pp.

En una reciente entrevista publicada por vía electrónica aseguraba Daniel Link que, si bien la literatura es todavía «el gran laboratorio de la subjetividad, en un nivel masivo Internet es el otro gran laboratorio». De otra parte, también aludía a una metáfora manida, la de esa red digital que viene a ser una gran novela de novelas, escrita colectivamente: «la famosa utopía borgeana de la *Biblioteca de Babel* no es otra cosa más que Internet. No hay frase que imaginemos que no se encuentre escrita». En las conclusiones que derivan de dicho aserto, Link parece diferir sutilmente de quienes diagnostican, al viejo estilo profesoral, una irremediable crisis de la lectura, reflejo a su vez de otras incertidumbres de la cultura letrada. Notemos que él mismo registra en la variedad de escritos típica de Internet una veta intermedia entre grafía y oralidad. A partir de ahí, este catedrático y escritor insiste en el hecho de que un internauta, por necesidades del medio digital, ha de saber leer y escribir. Desde su perspectiva, todavía más optimista en este punto, quien mejor escribe, quien lee rápido, domina la tecnolo-

gía mejor que otros, y ello propicia una deducción esperanzadora: la Red es un universo diseñado para que triunfen los letrados.

También todo este asunto, aunque visto con mayor minucia, forma parte de la colección de artículos que Link titula *Cómo se lee*. Pese a lo ocasional y heterogéneo del repertorio, en sus páginas más destacadas suele haber implícita alguna referencia al nomadeo digital. Dicho sea de partida, los pormenores privilegiados por tal preferencia no conjuran la sospecha más acendrada entre quienes discuten la seductora apariencia de Internet: a semejanza de otros procesos plebiscitarios, resulta que cuanto más desciende a la vulgaridad el mensaje lanzado a la gran malla, tanto más amplia es la difusión que éste alcanza. Con todo, parece como si el autor confirmase, por medio de ese gesto filotecnológico, la idea de que la lectura es, incluso durante ese peregrinaje a través del silicio, un borde de la literatura; esto es, «el momento en que la literatura se confunde con una experiencia, no necesariamente de orden estético». Aunque ello puede ser un punto de arranque útil para tipificar a los lectores del futuro, otros principios quedan implicados en el razonamiento del autor. En cierto sentido,

analizar las estrategias de lectura al uso entraña no sólo una suerte de identificación selectiva entre escritores y leyentes, sino un repaso de los problemas de percepción que acusa el contexto actual. Sin duda, las nuevas técnicas comunicativas presentan problemas especiales cuando hablamos del ejercicio lector, y como antes veíamos, no es improbable, a ojos de más de un teórico, un devenir apocalíptico. En clave desafiante, el propio Daniel Link entiende que es en la crepuscularidad de la lectura donde hay que encontrar los mayores riesgos culturales. Entiéndase que llega a esa inferencia tras admitir que incluso la escuela desdeña a los clásicos. De hecho, ese relegamiento destruye al público futuro: «la literatura –explica– muere en las mentes y en los deseos y en la imaginación de los niños por la mediocridad cuantitativa del material que habitualmente se les ofrece».

Decía Northrop Frye que cada época padece una inaudita estructura de horizontes culturales, y el crítico, a no ser que se trate del mayor genio que los siglos han contemplado, comparte esa estrechez en la medida en que se confía a su propio gusto. Algo muy similar cabe pensar de los lectores. De ahí que sean tantos los riesgos y consecuencias de la reproductibilidad digital, analizada por el estudioso desde distintos flancos. Uno de ellos, acaso más relevante de lo que se cree, es el

cambio en los hábitos y en las maneras de abordar el dispositivo literario. Convendría insistir en algo: resulta dudosa una lectura lineal y concentrada ante un documento no impreso.

Todo lo más, cabe la consulta fragmentaria, por supuesto estrecha y no siempre vigilante; muy a tono con la irregularidad posmoderna, pero paulatinamente desprovista de vinculaciones con ese horizonte más amplio anhelado por Frye.

En síntesis, aparte de otros aportes de interés conceptual en torno a autores como Walsh y Borges, así como acerca de fórmulas como el melodrama, la ficción científica y el policial, *Cómo se lee* propone un diagnóstico sagaz de la cultura contemporánea describiendo, a modo de sintomatología, la muy insólita actividad que anuncia el rótulo. Pero aún hay más. Si, como entendió Octavio Paz, las obras no responden a las preguntas del autor sino a las del lector, acá elegimos el enigma que nos parece más original entre los acá insinuados: cuál es el motivo por el que numerosos críticos parecen haber olvidado que las operaciones retóricas de todo texto deben contrastarse, a fin de obtener alguna conclusión razonable, con un estado de lengua determinado.

La respuesta, parece claro, queda bien lejos del canon.

**La dictadura militar (1976-1983). Del golpe de Estado a la restauración democrática**, Marcos Novaro y Vicente Palermo, Paidós, Buenos Aires, 2003, 567 pp.

Las nuevas emociones que enriquecen el noveno volumen de la colección *Historia argentina*, dirigida por Tulio Halperin Donghi, son de naturaleza sombría. En buena medida, lo excepcional de este proceso histórico —su principal orientación humana— consiste en una perdurable impresión de angustia, sintetizada en esa *cruzada restauradora* que la cúpula militar usó como excusa para erradicar a sus oponentes. Gracias a la habilidad descriptiva y al esmero documental de los autores, puede el lector guiar su juicio acerca del sino trágico que puso de manifiesto el golpe del 24 de marzo de 1976. Aunque el guión es conocido, sorprende hallar en estas páginas matices poco divulgados, zonas de excepción y oportunos testimonios, siempre útiles para soslayar la convención periodística y penetrar en la densidad del asunto, difícilmente extractable en titulares.

De hecho, sería tentador pensar en un desarrollo de obvias contraluces, pero lo cierto es que la ruptura del orden constitucional, anunciada en su momento por la prensa y por los políticos del gobierno y la oposición, disfrutó inicialmente de un cierto consenso que también se advierte en el primer trecho de otros

lances golpistas. De ahí que el Proceso de Reorganización Nacional pudiera ser fijado en sus propósitos por los tres comandantes de la Junta (Jorge Rafael Videla, Emilio Eduardo Massera y Ramón Agosti) sin la interferencia de un vigoroso y bien articulado adversario democrático. Deteniéndose a hacer las consideraciones que exige esta mirada al abismo, los autores pormenorizan las primeras intenciones de la dictadura, detallan el colapso de la guerrilla, y en particular, estudian desde muy variadas perspectivas el terrorismo de Estado que nació de la doctrina contrainsurgente. No en vano, al decir de ambos historiadores, la práctica sistemática del secuestro, la detención clandestina y la final desaparición del retenido distinguen a este régimen de anteriores experiencias autoritarias en Argentina, y también de las que surgieron en los países vecinos.

Advirtamos que el escenario criminal es insertado por Novaro y Palermo en un campo de batalla ideológico lleno de connotaciones y equívocos. Esto es particularmente cierto por lo que toca a los medios masivos, fundamentales para configurar la atmósfera opresiva del régimen, y ayuda a entender por qué el estadio de River Plate trazó un signo de reconocimiento telúrico al solemnizar el Mundial de Fútbol de 1978, en su doble sentido de tienda deportiva y vuelta de tuerca nacionalista. Esto, por lo demás,

también da una idea muy clara del último capítulo del Proceso, entre cuyas metamorfosis más inauditas se distingue la encabezada por Galtieri: esa huida hacia delante ejemplificada por la guerra de las Malvinas, cuyos mecanismos políticos y psicológicos desmonta con soltura esta monografía.

El centro de la cuestión, al final del volumen, es el tránsito que condujo al recobro del orden democrático. Al describir el derrumbe del poder militar, concluyendo en las elecciones de 1983, Novaro y Palermo consiguen imbricar esa esperanza colectiva en la nueva imagen de la sociedad argentina que surgía tras la dictadura. Lo cual no es pequeño mérito historiográfico y aun narrativo, dado que, en su fondo último, dicha liberación interpretaba la voluntad de muchas víctimas que ya nunca regresarían. Como señalan los responsables de esta entrega, demasiadas cosas no habrían de volver. En esa perspectiva, el presente corrobora la melancolía, afianzada por otra circunstancia: algunos espectros del Proceso aún habitan los sueños de la Argentina.

**Teatro argentino breve (1962-1983), edición de Osvaldo Pellettieri, Biblioteca Nueva, Madrid, 2003, 376 pp.**

Una edición anterior, en concreto el tomo V de la prolija *Historia*

*del teatro argentino en Buenos Aires* (Galerna, 2001), ya testimoniaba el concepto que su director, Osvaldo Pellettieri, catedrático de la Universidad de Buenos Aires, tiene de la historiografía en este dominio particular. Sin acudir a excesivas sutilezas semióticas, la vigorosa dimensión conceptual de semejante escrutinio nos hace esperar un modo totalizador de analizar el hecho teatral, del cual toma en cuenta Pellettieri la producción del texto dramático y asimismo la del texto espectacular. A mayor abundamiento, el ensayista argentino prefiere sondear la circulación y la recepción de dicho texto, sin olvidar que, aun tratándose de elementos enteramente diversos, integran, en su conjunto, un proceso complejo que merece un estudio multidireccional. En efecto, tales ingredientes son aspectos aislables tan sólo en un plano metodológico, y se constituyen, al decir del citado estudioso, a partir de su continua interacción, lo cual exige atender no sólo a las intenciones del dramaturgo, sino además a los criterios de la puesta en escena, también a la poco previsible reacción de público y crítica, e incluso a los señuelos y rimas internas que establecen el campo del poder y el campo teatral. Este modelo analítico, acaso por fundar toda su trama en el intertexto y el detalle sincrónico, expone el recuerdo de hechos mediante una eficaz estructura arborescente. Se